

esther seligson

penélope

I

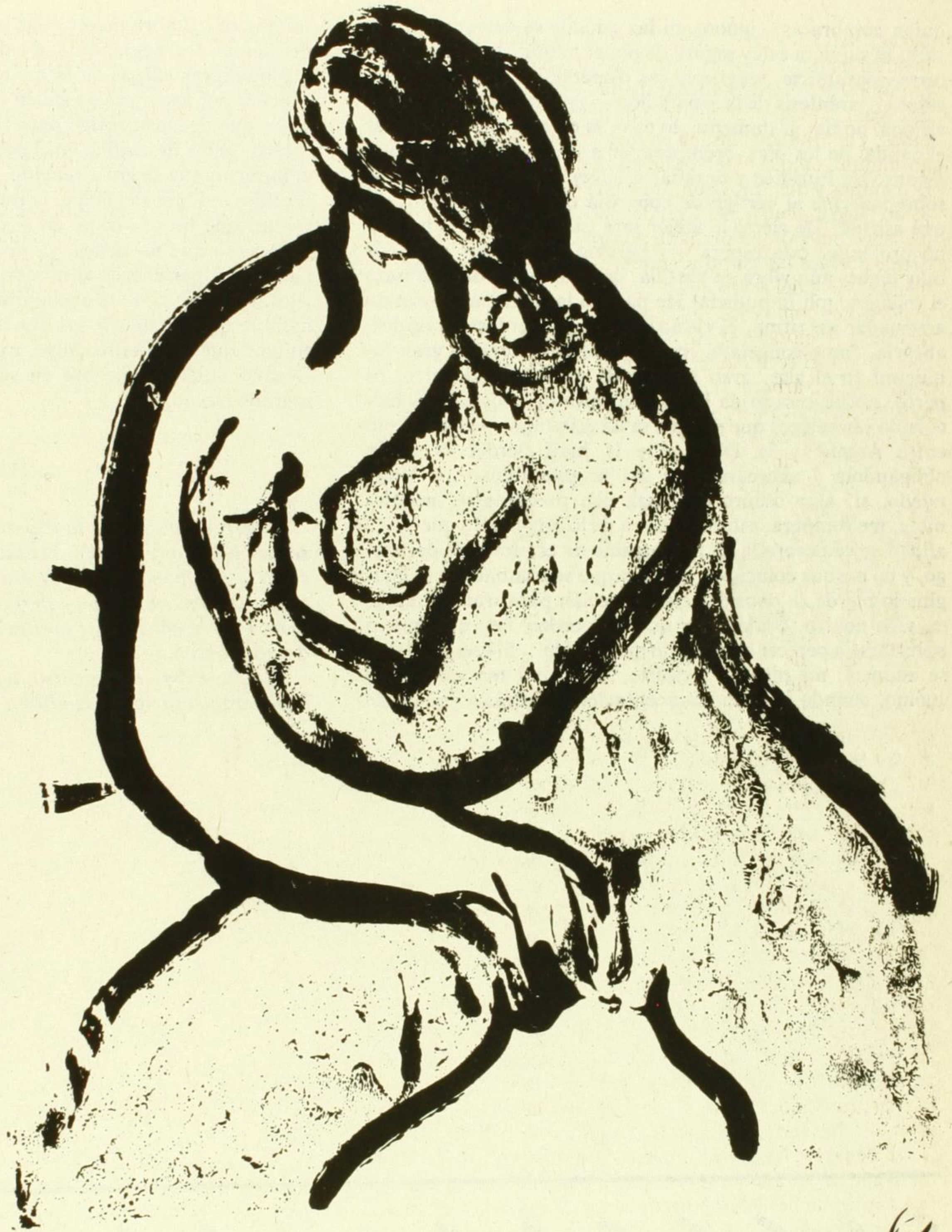
“No es la carne separada de tu presencia quien te llama: es el alma desnuda de tu voz...”

Una imagen, persigo una imagen cuyo nombre no encuentro, persigo un nombre cuyas letras desconozco, letras impronunciables, y necesito hablar contigo para saber si este tiempo que invento es un tiempo real, si de verdad ya no existe la espera o únicamente he caído en otro paréntesis desesperanzado, si no me estoy enredando en las palabras a fuerza de no poder oírme las, a fuerza de escucharlas sólo en mis adentros, sin encarnarlas, deshuesadas, remolinos de vapor que mi propio aliento dispersa, hablar, sí, recobrar ese diálogo único que no necesita de explicaciones para explicarse, y también ese otro tejido con hilos de pequeñas cotidianidades que se fueron acumulando en la palabra, esa palabra que, dicha, revienta como el prisma al contacto de un rayo luminoso, y se abre, y se colorea, hablar de lo que no tengo, de lo que no sé cómo decir y que al decir obtengo y aprendo, y toco, pudorosa, hablar de estos mis senos que se alzan hacia tí sorprendidos aún y anhelosos de vida, de verde, de mar, de ese mar que recorres alejándote de mi cuerpo envuelto en el recuerdo de tu última caricia —recuerdo que pronto me será un sudario— fragmentos de sueño que vienen a irrumpir en plena vigilia lacerándome la piel, centinelas sin relevo aguardando la señal, ese juego entre la espera y el temor a que la espera ter-

mine, temor sí, porque, ¿qué rostro otro que no conozco vas a traerme hollado por inexpresables visiones, curtidos en tierras para mí inexistentes, cuajado del rocío de tantos ojos que te habrán visto partir en amaneceres de adiós?, y tu cuerpo, ¿con qué nuevas caricias desnudaré la cascada de su risa y estar cierta de que no desborda añorando más sabias ternuras?, temor a que el abrazo se desmorone como barro entre los dedos, a que el olor se confunda con el frío de la noche igual que acabó por ennegrecerse la vehemencia del paño sobre el que nos amamos la tarde anterior, y ya no quiero contar el tiempo, ese tiempo hurtado antaño al Tiempo para consagrarlo al amor, no quiero recorrerlo en el sartal de la memoria desgastando uno a uno los encuentros, aljófara amarillado. Al principio era el furor, una espesa ansiedad de bruma en pleno vientre huérfano de su corona y de su cetro, un revolver el lecho a la caza de tu presencia, un recorrer ida y vuelta la loma hasta el puerto por ver si, presa de igual hambre, habías virado la proa, y llamaba con ahogados espasmos de rabia, y maldecía al Destino con rencores de viuda, y luchaba contra tu partida como quien lucha por vencer a su demonio, de modo que él mismo, socarrón, se fue aquerenciando en un cuerpo que se sobrecogía rebelde, y entonces era vociferar con las manos rompiendo una y mil veces la lanzadera, era soñar forzando la remembranza: después de haber sido tomada entre tus brazos —me decía— ¿qué otros brazos sabrían recibirme?, mientras abajo, desde el salón, el deseo de los pretendientes exhalaba su red de espejismos hasta mi cabellera, y yo, frente al espejo murmurando “tómame en el luminoso recinto de tu abrazo y recibe mi apasionada entrega, ininterrumpida”. Era reconstruir con ferocidad un enlace tras otro, los estremecimientos, las humedades, y caer exhausta cautiva de mi demonio... Te diré cómo fueron mis sueños: un veneno de lento efecto, veneno que hacía florecer al instante privilegiado, al que fue mutuo y al hoy solitario, aurora de flamas coronada, una voz que subía a la garganta nacida del silencio de la tierra en busca de los frutos de la caricia y dejando presentir la inminencia de la palabra, un sonido que golpea el pecho y se escurre por las sangres, afiebrado, ¿cómo lo emitiré ahora que me dejas a merced de los días huecos, yerta y ardiendo a solas? Y no tener más la imagen de mí misma, no saber ya ni quién ni qué ni hacia dónde iré. Padecí hasta el límite de lo soportable por tu ausencia oyendo su andar por las venas, despacio, como las ondas de un velo que se desplegara sin cesar por los aires sin perder su forma de cúpula alada, aprisionándome, triturándome las carnes, agostándome el pensamiento, sí, el tiempo del amor es un tiempo robado al Tiempo, y ese hurto hay que pagarlo, los Dioses lo exigen sin clemencia ninguna, y no es que no haya sabido de siempre que todo alcanza su fin, de hecho así me educaron, para no olvidar que, al cabo de nuestro paso mortal, no quedaría de la belleza y del placer más que polvo, ceniza y polvo, y de los anhelos y acciones un leve olor acre, fugaz también, efímeras creaturas, sombras

del capricho de alguna Mente ociosa, viajeros sin rumbo que invariablemente habrán de abordar la barca de Caronte como única certeza de haber transitado por la tierra. Pero aún así, igual oí hablar en mi niñez de los grandes Amantes rescatados, y confiaba, confiaba en que tú forzarías las puertas del no-mundo, en que el fervor de mi impulso hacia tí nos aspirara a ambos y diéramos nombre a una estrella. ¡Qué desvarío y cómo llegó a acunarme! Creí devota en su poder, lo nutría en mi seno como virgen preñada por un soplo celeste. Te siento, donde acaban los sentidos empieza el mar que nos separa, se inicia el viaje del deseo que te acerca, el vuelo de mil aves que se adentran como islas en las aguas pisando suavemente en la distancia, y entonces todo es puente, la viña que madura en las colinas, el reclamo de la tórtola, la soledad del pastor, la desnudez del árbol, el aroma del pan, las rondas infantiles, y toda la luz es tu presencia en mí, ¡lávame! lávame con tus manos la tristeza del cuerpo y la tristeza del rostro, ese polvillo que aun sin quererlo se acumula, gris, largo tiempo el mirar vaga en tu busca, y, al atardecer, cansado, se duerme en algún paraje extraño, regazo solitario donde no están tus brazos que le abriguen, y así, poco a poco, de esperanza en abatimiento y de abatimiento en esperanza, se va quebrando, se va quebrando el terso cristal, se va tiñendo el nítido azul, y estalla: ni una gota más, el odre quedó seco; ni un destello más, se nubló el espejo hasta tornarse umbrío; enmudeció la voz a fuerza de humillarse ruego; el anhelo terminó siendo sonrojo... ¿Qué alas me ofrecerás para volar —paloma— con tu nombre como corona de laurel en el pico y descubrir la tierra firme donde levantar morada? ¿Cuál linterna en mis manos pondrás que rasgue las sombras y guíe el paso vacilante? ¿Y con qué señal hoy sobre la frente me reconocerás después cuando gire un invierno tras otro y crezca la hierba entre brazos que una vez se fundieran? El tiempo del amor se transforma con el tiempo en sacrilegio y exige su reparación, y yo no estaba preparada, lo confieso, no imaginé que pudiera exigir tanto a cambio, y tan sin prisa, que procediera tan metódica su justicia: así te dí, así te tomo. ¡Y cómo dió! ¡Cuán pródigo fue! Y una creyendo merecerlo todo, la embriaguez, la reunificación, miríadas de caracoles en cada hundimiento del besar, plenitudes de rosa en cada despertar culminante, prodigios de luz en cada tránsito hacia la entrega, y recibir, recibir el espacio en cada célula, Febo danzando aureolado de júbilo, diálogo entrañable entre lo íntimo y lo más profundo, hablar, sí, necesito hablar contigo, saber si invento o fue verdad, si queda en tu alma torbellino semejante, si padecen tus horas iguales despojos, si flota en algún repliegue de tu memoria una como barquilla fantasmal que te empuja y te lleva suave hacia la esperanza del reencuentro, hablar para decir que quizá lo irreal es esta espera, que lo que dentro se hiela no son esas semillas que aún querrían germinar, y que lo que fuera se extiende no es el océano irremediable, y tiemblo, tiemblo por esas palabras no dichas, por el endurecimiento de su flujo de plata, por la perseverancia con que la rueda de Némesis va comiendo los brotes indefensos,

tiemblo por nuestra propia fidelidad a la eficacia de un diálogo que se nutre de ausencias, porque, ¿en qué oídos vas desgranando nuestros cantos nupciales cada día más lejanos?, ¿qué labios retienen hoy la relación de tus combates, las victorias de una búsqueda que juntos fraguamos? Olvidaba que eres parco, que difícilmente se expresa tu sentir, que ninguna noticia directa hemos recibido de tí, que el hijo crece sin conocer tu rostro, sin escuchar tu voz. Atrapada en un signo indescifrable, embelesada por una llama que gira y me absorbe gota a gota, se me añubla el horizonte y palidezco, toda salida se ha venido estrechando, la urdimbre de la tela que de mañana tejo y al anochecer destejo pronto será un añico, un hilo deshilado lleno de vacío y yo misma vendré a desmenuzarme en él. Hace ya demasiadas lunas que no llamo ni me subleva rencor alguno, se diría que la deuda terminó por saldarse y que su minucia de roedor invadió hasta la médula del hueso pues no veo qué cañamazo me sostenga, y, sin embargo, sí, de tanto en tanto algún Poeta se acerca por estos lugares, y, al relatar en sus cuerdas tus hazañas, se abre en el cuerpo una brecha: al principio era fuego, aliento de tu aliento bebiéndome a saciedad, sin respiro entre la expectación y el gozo, es mi voz quien le impulsa —me decía—, la fuerza de sus flechas va nimbada por el deseo de retornar con rapidez, el escudo que le defiende lleva mi nombre cincelado, se acerca, se acerca sin duda salvando todo obstáculo... Pero tardabas, y la tardanza empezó a cobrar su propia fuerza, a erguirse altiva, a socavar con su sonrisa la imagen de una espera cimentada sólo en recuerdos, cualquier recodo te detenía en el camino de regreso, cualquier sendero desviaba tus pasos de la gran ruta, y no era en honor mío que ganabas fama, otros brazos te seducían en su abrazo debilitándome, contaminándome de angustia, y la lucha por no sucumbir, por mantener al jinete y al corcel en equilibrio guardando la armonía de su trote, agotó el mutuo esfuerzo, y, sin percatarse apenas, simultáneos, uno soltó las riendas y el otro aflojó el paso. El descaro de los pretendientes excedió sus límites, y terminé por confinarme en esta habitación, además, percibo cortadas las amarras de los puentes, la púrpura del atardecer me desnuda, la floración de los manzanos es despojamiento intolerable, los juegos de los niños agudizan la certeza de un futuro que se abstiene, el aroma de las calles revuelve en mi boca el sabor de tu ausencia. Si antes, fervoroso, el ser aspiraba al reencuentro y se atrevía a solicitarlo como un favor divino, si ofrendó su renuncia el cuerpo en aras de una purificación sublime, si la espera fue crisol donde creíase conjurada la muerte, ¿cómo vinieron a trastocarse los signos y lo que era luz se tornó tiniebla y lo alto descendió a lo bajo y no subió más?, ¿cómo se multiplicó y parceló el núcleo de un llamado único y se truncó el tallo sin perseverar en la respuesta, en el tal vez próximo renuevo? Y si, finalmente, vinieras a llegar, ¿qué podré ofrecerte? ¿acaso anularé la derrota de mis miembros o despertará lo que es piedra de sepulcro? Si te acercas, la piel a tu caricia se interpondrá rastrojo, si llamas, la voz en simas se ahogará, desconozco ya mi nombre ¿a



96

quién nombrarás?, ignoro mi faz ¿dónde se detendrá tu mirar?, ni siquiera estoy segura de poder hablar, hablar y rescatarse, reasumirse, reagrupar las dispersiones del ser, desbaratar el paréntesis de la separación —¿y cómo saber si lo provisional no fue, justamente, lo otro, lo de antes?—, remontar el caudal de los días, reemprender a través de la palabra el ascenso de Eurídice y desafiar a la leyenda, ¿seré capaz de sobreponerme al vértigo de cobardía que me arrebató?, ¿a qué asirme? De cierto lo mejor será callar, prudente incluso no prolongar esta espera —y percibo con horror que, por muy tenue, aún vibra su tensión, que aún aguarda insensata el milagro, ¡oh impudicia! He pasado la mañana queriendo arremedar un ritmo, el ritmo de nuestros ardores pasados, absorta, como congelada en un sueño, y he sentido gran inquietud en el aire, gran revuelo de gaviotas, y el perro, tu perro, no ha cesado de ladrar un instante, mis manos han corrido tan veloces que el tapiz se ha concluido —el gran reto entre Aracné y la Diosa que le hará perder la razón obligándola a ahorcarse con sus propios hilos—, y tengo miedo, sí, algo oscuro amenaza con precipitarse incontenible, me romperá: estar tan cerca de lo imaginado que la realidad se ve devorada en una especie de ceguera, de desapego, y no porque coincidan, sino porque se combaten y lo imaginado pierde su densidad de perfección para transformarse en algo neutro, brutal: hay que retroceder, hay que huir o aprestarse a perecer en un grito sin sentido... Si eres tú lo que se anuncia, me niego a recibirlo, el estupor me sobrecoge, ¿cómo, cuando ya todo era aceptación, vendrás a esclavizar

mi deseo?, ¿habrá de rendirse el alma a la grosera evidencia del tiempo transcurrido, a la calumnia del desamparo? Y tú, ¿tú qué luces cargas en la memoria?, ¿qué es lo que no fue vencido por los años? ¿a quién buscas? ¿Será sólo el cansancio el que traigas contigo para reposarle conmigo? Me estremezco, se me desovillan en el pecho nostalgias azoradas, ruge el huracán que se creía vencido, a tal punto se engañaron los sentidos... Huye Penélope, la pusilánime, la difusa, que no te asalte, que no te atrape en sus fauces el desengaño, ya no tendrás lo que no tienes, ya no compartirás lo que no compartirás ni perteneces al mundo del que hoy se acerca desde lejos, los labios que te encuentren no encierran las claves del nombre que persigues, los brazos que te ciñan no conocen el enigma que te descifre, huye, y que sea el abrazo de la Hija de Océano quien te recobre en su Abrazo, ahí, al pie de su sagrado fresno...

II

La última noche de la espera, Penélope destejó el tapiz, separó los hilos y enrolló, cuidadosa, las madejas. Uno a uno cortó los pequeños nudos de esa red donde el Tiempo la aprisionara. Lavó su cuerpo y perfumó sus trenzas; sumergió las manos entre bálsamos y aceites hasta que todas las hebras se desprendieron de su piel.

Penélope iba al encuentro del desconocido que el Destino le deparaba esa noche, la última de su espera. J